



**LOS  
OLVIDADOS**

**CHRIS  
LLOYD**

«La guerra nos convierte en desconocidos. Y de eso, nunca nos recuperamos». París, viernes 14 de junio de 1940. El Gobierno francés ha declarado la capital francesa ciudad abierta y los nazis inician un periodo de ocupación que copa los titulares internacionales. El detective Eddie Giral, un superviviente de la Gran Guerra que no se rige por las normas, es testigo impotente del despliegue de las tropas alemanas en París cuando recibe la noticia de un macabro hallazgo: cuatro refugiados han aparecido muertos en un vagón de tren. Son los olvidados, hombres a los que nadie llora y de los que no se habla. Para descubrir quién es el responsable de estos terribles asesinatos, el detective Giral tendrá que sumergirse en las altas esferas nazis y la Resistencia, y navegar entre mentiras al tiempo que batalla con sus propios demonios y lucha por sobrevivir a una guerra que amenaza con cambiar su mundo para siempre.

*Para Liz. Por todo*

# **Viernes 14 de junio de 1940**

# 1

El 14 de junio de 1940 sucedieron dos cosas.

Cuatro hombres que nadie conocía murieron en una playa de maniobras ferroviarias, y un quinto saltó desde un balcón.

Hubo otras cosas que sucedieron el 14 de junio de 1940.

Los soldados del 187.º batallón de destructores de tanques querían tener un aspecto impecable cuando invadieran París, así que se bañaron en las fangosas aguas del canal de l'Ourcq, a seis kilómetros de la ciudad. En una carrera por conseguir las mejores camas, el general Bogislav von Studnitz se instaló en el Hotel Crillon, mientras que, a su alrededor, los oficiales alemanes extendían sus polvorientos uniformes sobre la ropa de cama más exquisita de la ciudad. Y bajo el sol de verano, las fuerzas de la Wehrmacht tocaban la bocina sin cesar a lo largo de los desiertos Campos Elíseos, hasta que finalmente se desplegó una enorme esvástica sobre la tumba del soldado desconocido, por si acaso quedaba alguien en París que aún no supiera que habíamos perdido.

Pero en mi mundo, cuatro hombres que nadie conocía habían muerto en una playa de maniobras ferroviarias, y un quinto hombre había saltado desde un balcón.

–Joder, qué peste –soltó Auban.

–Un poco de respeto, detective –le dije.

Auban era duro y musculoso, un matón de las ligas de derechas que se había abierto camino a puñetazos durante los años treinta. Incluso en el creciente calor de aquella mañana estival, se vistió de tal modo que hacía imposible olvidar ese detalle, con una pesada chaqueta de cuero so-

bre una camisa blanca muy ajustada para marcar pecho. Me miró furioso y se alejó.

—Por aquí, inspector Giral —indicó con los dientes apretados.

Su habitual insolencia arrogante estaba ahora impregnada de un miedo que no podía ocultar. Miré a ambos lados y supe por qué.

Alineados a lo largo del terraplén del ferrocarril había filas y filas de soldados alemanes. Un pasillo de figuras sin rostro que me habían observado recorrer el camino marcado por las traviesas engrasadas de hollín de la playa de maniobras hasta donde Auban me esperaba. No se habían movido ni un centímetro en todo ese tiempo. Los de la derecha, que nos iban identificando mientras caminábamos, oscurecían en parte el sol naciente, y sus largas sombras se curvaban sobre el aceite y la suciedad de la playa de maniobras. Por otro lado, a la izquierda, rostros jóvenes de aspecto duro nos miraban sin emoción alguna. Distinguí a un oficial a apenas cincuenta metros de distancia que me miraba atentamente, con el rostro inexpresivo. Fueron los primeros alemanes que vi ese día, algunos de los primeros en entrar en la ciudad. Ahora nos observaban en silencio, mientras apuntaban con sus ametralladoras al suelo y el gris de sus uniformes absorbía las oscuras nubes del cielo.

—¿Llevan aquí todo el tiempo? —le pregunté a Auban. Él asintió.

Nos dirigimos hacia un grupo de seis policías uniformados que nos esperaban junto a unos vagones de mercancías. La normalmente bulliciosa playa de maniobras al sur de la Gare d'Austerlitz rebosaba una tranquilidad extraña. Ningún tren entraba o salía. Nos abrimos paso entre la basura esparcida por las vías. Hacía semanas que no se recogía la basura, ni en las calles cercanas ni en toda la ciudad, para que se pudriera mientras los alemanes avan-

zaban por París. Pero esa era la menor de las preocupaciones de la gente.

Auban tenía razón. Apeataba. Un olor a muerte y putrefacción flotaba en el aire. No sabría decir si era por la escena que sabía que me esperaba o por la ciudad en sí misma. Bajo el escrutinio de los soldados alemanes, pasamos junto a un perro muerto, tendido en el revoltijo de vías, con la lengua hinchada y colgando, y los ojos muy abiertos por el pánico. Las moscas subían y bajaban en bandadas putrefactas. Vacilé por un momento. Había otro olor subyacente, débil pero acre, como si fuera piña amarga cubierta de pimienta negra. Sin embargo, era diferente de cómo lo recordaba. Sacudí la cabeza para deshacerme de él.

Aparté la mirada del perro y vi a un oficial de policía que se nos acercaba a toda prisa por la vía. Durante un segundo, me quedé sin aliento y di un traspié. Observé a Auban, pero él no se había dado cuenta. Volví a mirar a la figura que corría hacia mí y me enfrenté al pánico. Su rostro estaba desfigurado por una pesada máscara de gas, y el olor que había estado acechando a mis sentidos finalmente me inundó la memoria.

Con la voz ahogada, el oficial nos tendió unas máscaras de gas a Auban y a mí.

—Tenéis que ponerlos esto, Eddie.

Gané la batalla contra los temblores de mi mano, y la extendí para coger una máscara. Era un modelo estándar del ejército, no mucho mejor que la que nos hicieron usar la última vez que Alemania nos había declarado la guerra. Traté de mantener el control de mi respiración y luché por no revivir el mismo pánico sombrío que experimenté la última vez que había usado una, hacía ya mucho tiempo. Recordé otra mañana en la que había sentido brevemente que el gas me quemaba las fosas nasales y los ojos antes de ponerme la máscara a tiempo para ver morir poco a poco en el fondo de una trinchera, a través de la niebla

amarilla, a los desafortunados para los que ya había sido demasiado tarde.

—Es solo por precaución —oí decir al oficial—. El gas ya se habrá disipado, pero es mejor prevenir que curar.

Nos condujo hacia la media docena de policías uniformados que se apiñaban en un círculo cerrado, cada uno con una máscara.

—Buenos días, Eddie —me dijo el único civil que había allí—. No todos los días tenemos público.

Bouchard, el médico forense, era solo un par de años mayor que yo, pero siempre vestía un traje de corte antiguo y se peinaba el pelo salpicado de canas hacia atrás, como un filósofo de la *belle époque*. A pesar de que la máscara le oscurecía el rostro, su presencia me calmó.

—Un público exigente, me parece. Dejaré que te lleses el dinero de la gorra después.

El oficial nos indicó que lo siguiéramos. Sin mediar palabra, nos condujo a una fila de tres vagones de mercancías que estaban estacionados en un apartadero, con las puertas correderas cerradas. Señaló hacia el vagón del medio. La rejilla de ventilación cercana al techo estaba taponada con trapos. Había un pequeño hueco donde parte del revestimiento se había desprendido. Asentí con la cabeza al oficial para mostrarle que entendía lo que quería decir.

Los tres caminamos hacia al vagón, mientras que Auban se quedó atrás. Ya habían abierto la cerradura de la puerta, y en el suelo yacía una barra de metal que claramente se había utilizado para mantenerla en su sitio. Con cautela, el oficial corrió la puerta y se asomó al interior, ayudándose del escalón metálico para subir. Señaló algo junto a la pared del fondo: un pequeño montículo de cristales oscuros rotos y una mancha casi invisible en el suelo de madera a su alrededor. Unas motas de polvo amarillento que el oficial había levantado al moverse se quedaron

suspendidas en el aire, apenas perceptibles con la escasa luz y, poco a poco, se asentaron en las toscas tablas.

–Cloro –dijo con la voz distorsionada.

Subí al vagón, seguido de Bouchard. Tuve que esperar un rato a que mis ojos se acostumbraran a la penumbra y a la visión irreal del interior lóbrego a través del cristal barato de la máscara. Ojalá no lo hubieran hecho. Vi a un hombre desplomado en el lado opuesto, con la mano todavía extendida hacia la puerta. Había muerto tratando de abrir la cerradura. Lo miré y vi una vez más los ojos desorbitados y desesperados, y la garganta hinchada que había esperado no volver a encontrarme nunca más. La misma saliva de un color extraño le goteaba por la barbilla y le caía sobre el pecho. Empecé a respirar más deprisa dentro de la apretada máscara.

El oficial señaló a la izquierda. Había más cristales rotos esparcidos por el suelo. En la pared de al lado, una mancha de humedad mostraba el lugar en el que el frasco se había hecho añicos contra la madera. Un segundo hombre yacía en el suelo, bajo la reja de ventilación, con parte del revestimiento en la mano y la cara también roja e hinchada. Tenía la misma mirada de tortura y pánico tallada en sus rasgos. Más allá, había otros dos hombres. Los tablores situados ante ellos lucían los arañazos producidos cuando habían tratado de escapar del gas, y sus cabezas, apoyadas una contra la otra sobre la pared del fondo, expresaban un gesto de resignación final. Había visto trincheras llenas de hombres como estos, pero pocas escenas tan desalentadoras como la de aquel mugriento vagón de mercancías en las vías del tren en la primera mañana real de mi nueva guerra.

Sentí una presión en el pecho, pero no a causa del gas, sino por la sensación de la máscara que se aferraba a mi cara. Incapaz de soportarlo un momento más, me la arranqué y me planté en la puerta del vagón para aspirar boca-

nadas de aire del exterior. El oficial se abalanzó sobre mí. A través de su máscara, atisbé su horror.

–¿Estás loco, Eddie? –Pude descifrar que me decía.

–El gas se ha disipado. Tú mismo lo has dicho. –Hablé con agresividad para ocultar el miedo.

Me volví para mirar hacia el interior, pero me quedé en la puerta.

–No podemos trabajar aquí. Saca los cadáveres. El doctor Bouchard hará aquí fuera su examen preliminar.

–Esto no es lo habitual, Eddie –objetó Bouchard.

Observé la escena que se desarrollaba en torno a mí, tanto dentro como fuera del vagón.

–Vaya, no me digas. Que saquen los cuerpos.

El oficial accedió a regañadientes y ordenó a algunos de sus hombres que sacaran los cuatro cadáveres del vagón.

–Que uno de ustedes recoja los trozos de vidrio de los frascos de gas y los ponga en cajas separadas –ordenó–. Usen guantes.

–Y no se quiten las máscaras –añadí–. Si se trata de cloro gaseoso, es más pesado que el aire. Si queda algo, estará flotando sobre el suelo del vagón.

Me tendría que haber callado. Yo era el único que se había quitado la máscara.

–Retiren también el revestimiento de las ventanas y cierren las puertas. Dejaremos que el gas se disperse por completo y registraremos los vagones como es debido más tarde. Estará demasiado diluido en el aire como para causar más daño.

Bouchard había bajado del vagón y se había quitado la máscara. Se ajustó las gafas sobre la nariz aguileña y me miró. Vi la preocupación en su rostro.

–He presenciado todo esto antes –le aseguré–. El gas se ha ido, créeme. ¿El instituto forense podrá obtener huellas dactilares de los trozos de tela?

Parecía indeciso.

—No lo sé. No es que quede nadie para intentarlo. No con esta gente en la ciudad.

Hizo un gesto hacia los alemanes y se volvió para seguir al primero de los cuerpos hasta un terreno despejado a unos veinte metros del vagón.

Salté del vagón y tiré mi máscara al suelo. Al alejarme, tomé grandes bocanadas de aire, sin preocuparme por primera vez por el hollín y la corrosión que asfixiaba la ciudad. Alcé la vista. Nubes grasientas de humo negro se aferraban al cielo del amanecer y proyectaban una sombra sobre París. Eran de los depósitos de combustible de las afueras de la ciudad. Algunos decían que los había quemado nuestro ejército francés mientras se retiraba. Otros creían que las compañías petroleras estadounidenses habían incendiado sus propios depósitos. En cualquier caso, había sido para evitar que cayeran en manos de los alemanes. Pero a los invasores no parecía importarles. Solo los que vivíamos en la ciudad sufríamos la mugre que se metía en la boca, la nariz y la ropa. La noche anterior había llovido por primera vez desde hacía un mes, y tuve que caminar con cautela entre las vías a lo largo de las traviesas de madera del ferrocarril, porque su habitual capa de aceite y hollín se había espesado gracias al rocío negro y denso que había caído, y las había vuelto mortíferas.

Miré a mi alrededor y vi a Bouchard empezar un examen preliminar de los cuatro cuerpos que estaban colocados sobre lonas en el suelo. Era inusual, lo sabía, pero era la única opción que veía posible. Ya haría la autopsia real en el instituto forense. Más allá de los tres vagones en los apartaderos, los alemanes seguían observando en silencio. Casi los había olvidado. Detrás de ellos había un bati-burrillo variopinto de casetas improvisadas, levantadas a lo largo de los años, la mayoría de ellas ilegalmente, que formaban una silueta de poca altura. Si los soldados no hubieran estado allí, habría enviado a algunos policías uniformados a echar un vistazo. Al norte de los vagones se

encontraban los talleres y los apartaderos cubiertos, y la terminal de pasajeros detrás de ellos, a la izquierda. Hacia el sur, las vías desaparecían entre las calles en su ruta para salir de la ciudad. Las observé estrecharse y desvanecerse, y me sorprendí al darme cuenta de que, por una parte, anhelaba seguir las, pero por otra parte, no. Detrás de mí, había un laberinto de vías orientadas de sur a norte. En el medio, se alzaba una destartada torre a la que se llegaba por una estrecha escalera que ofrecía una vista de toda la playa de maniobras.

Un policía uniformado vino a buscarme. Lo enviaba el oficial. También se había quitado la máscara. Nervioso, se recolocó el fusil que llevaba colgado del hombro. La policía de la ciudad portaba fusiles desde que los alemanes habían cruzado las Ardenas, supuestamente para defender cada esquina. Ahora parecían un capote inútil que solo servía para provocar al toro de las tropas de ocupación. El policía frente a mí sostenía el fusil de mala gana.

—Los trabajadores que encontraron el vagón están aquí, Eddie —explicó el oficial cuando me volví a reunir con él.

Me condujo hasta un hombre corpulento de unos cincuenta años que llevaba un chaleco de cuero sobre un mono azul manchado de aceite. Parecía una copia barata de Mussolini, pero con una abundante cabellera oscura y sin la pugnaz mandíbula.

—Le Bailly —se presentó—. Soy el delegado sindical de la Gare d'Austerlitz.

—Creo que no debería decir nada sobre eso ahora mismo. —Y señalé a los alemanes—. ¿Ellos estaban aquí cuando encontró el vagón?

Él asintió. El suelo tembló bajo nuestros pies, y Le Bailly y yo nos miramos: ambos reconocimos la sensación.

—Y ahora todavía vienen más, qué cabrones —agregó.

El ruido de camiones y tanques resonaba por las calles de nuestra ciudad al tiempo que sus neumáticos y tracto-

res oruga retumbaban en el suelo. Todo eso enfatizaba el extraño silencio de la playa de maniobras. De repente, sonó un teléfono. Miré y vi al oficial alemán hablando tranquilamente por un teléfono de campaña que sostenía un soldado. Seguía mirándonos a nosotros y a los demás policías mientras asentía con la cabeza. Me volví hacia Le Bailly.

—¿Vio a alguien más?

—No, a nadie. —Hizo un gesto hacia otros dos trabajadores que estaban a poca distancia—. Nos dimos cuenta del olor y les dije a esos dos que se alejaran de los vagones lo más rápido posible. Estuve en la última guerra. No es un olor que se olvide.

Estuve de acuerdo con él. Llamé a Auban y le dije que fuera a hablar con los dos trabajadores: uno alto y lúgubre, con un bigote demasiado grande para su cara; y el otro rechoncho, con la cabeza redonda y una expresión tan hostil como el talante de Auban.

Lo vi irse y miré a Le Bailly.

—¿De dónde venían los vagones?

—Solo iban a estar aquí una noche. Se suponía que se iban a acoplar a un tren que saldría esta mañana, pero hoy nada funciona.

Antes de que pudiera hacer otra pregunta, escuché un sonido. Le Bailly reaccionó al mismo tiempo. Otro recuerdo de la última guerra. Fusiles que amartillaban. Me volví para ver al oficial alemán que se acercaba al grupo de policías más cercano a los vagones. Sus soldados lo siguieron con las armas en alto. Miré hacia el otro lado. Las tropas del extremo opuesto caminaban hacia nosotros. Palpé mi arma en la funda. El oficial habló con uno de los uniformados, y este me señaló. Vino hacia mí, flanqueado por cuatro soldados.

—¿Es usted el oficial de policía al mando? —me preguntó con un francés bastante bueno.

Tenía desenfundada su Luger y la apuntaba distraídamente en mi dirección. Había visto a muchos de su calaña en la última guerra, en nuestro bando y en el suyo. Tipos que siempre se veían a sí mismos a lomos de un caballo blanco, mientras miraban al resto pudrirse en el fango. Con su cabello rubio casi blanco y sus pómulos esculpidos, parecía que el hollín y el hedor, a los que el resto nos enfrentábamos, no le habían tocado.

—Sí. En su caso, no es necesario que pregunte si usted lo es.

—¿Y eso por qué?

—No está cubierto de mierda como todos los demás.

Siguió apuntándome con la Luger, pero esta vez con más intención. Vi cómo se debatía entre reírse desconcertado o dispararme. Al final, el autocontrol y una leve sonrisa ganaron.

—Soy un oficial de la Wehrmacht. Se equivoca si cree que toleraré que me hablen así.

Señalé al grupo de policías guiado a punta de pistola por los soldados alemanes.

—Y yo estoy cansado y cabreado, y trato de hacer mi trabajo a pesar de que usted y Adolf se interponen en mi camino. Se equivoca si cree que toleraré que se maltrate así a mis oficiales.

La sonrisa se ensanchó levemente.

—Lo tendré en cuenta.

Se volvió y les gritó una orden a los soldados. Estos se alejaron un poco de los otros policías y bajaron los fusiles. Luego me volvió a mirar con el arma todavía en alto, no lo suficiente como para ser una amenaza directa, pero sí transmitir su mensaje.

—Soy el *Hauptmann* Karl Weber de la 87.<sup>a</sup> División de Infantería de la Wehrmacht. Debo informarle de que el Alto Mando alemán ha emitido la orden de desarmar a todos los ciudadanos franceses.

—Somos la policía.

–Incluida la policía. Debo pedirles que entreguen sus armas.

Observé a los soldados, que miraban fijamente a los policías como zorros en un gallinero. No había muchas opciones.

–¿Tengo su palabra de que la policía no sufrirá daños?

–La tiene.

Hice una señal a los demás para que entregaran sus armas. Los soldados alemanes las recogieron de inmediato y se las llevaron a un suboficial que seguía en el perímetro. El *Hauptmann* Weber mantuvo su mirada fija en mí todo el tiempo. Su expresión era una extraña mezcla de superioridad distante e insolencia alegre.

Le entregué mi pistola.

–Gracias –dijo.

Gritó una orden y los soldados alzaron las armas. Escuché a uno amartillar su fusil y miré a Weber. Podía sentir que mi ira aumentaba, pero con una leve sonrisa en el rostro, dio una segunda orden y sus hombres se retiraron y retrocedieron a sus posiciones iniciales, a lo largo de las vías del tren.

–Dejaré que continúe con su investigación –me dijo mientras se volvía para unirse a sus tropas–. Creo que ahora ambos sabemos a qué atenernos.

–¿Por qué coño siguen ahí? –siseó el oficial–. Estamos desarmados.

Bouchard y yo no pudimos evitar levantar la vista. Silenciosos como las heroicas estatuas que parecían amar, los soldados alemanes seguían alineados sobre nosotros una hora más tarde, mientras observábamos a Bouchard examinar los cuerpos de los cuatro hombres. El único que hablaba era el oficial, una retahíla de digresiones que se perdían en el aire ceniciento y que provocaban las carcajadas de los hombres a ambos lados.